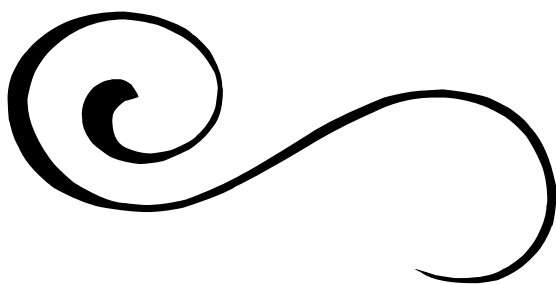


SANTOS MÁRTIRES DE LAS TAHAS Y PUEBLOS DE LA ALPUJARRA DE GRANADA



Punto Rojo Libros
www.puntorajolibros.com

Santos mártires de las Tahas y pueblos de la Alpujarra de Granada

Antonio Álvarez Pérez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@punterojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16513-18-5

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 Antonio Álvarez Pérez
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ANTONIO ÁLVAREZ PÉREZ

SANTOS MÁRTIRES DE LAS TAHAS Y
PUEBLOS DE LA ALPUJARRA DE GRANADA

Dedicatoria

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

* A Ti, Dios, dueño del tiempo y de la eternidad, porque tuyo es el pasado, el presente y el futuro, quiero darte siempre, y desde ahora, gracias por cuantos dones y favores recibí. Gracias por el aire y el sol, por la comida, la vida y el amor, por la alegría y el dolor de nuestros mártires; también por los que han escrito sobre sus martirios y por los que les van a leer.

* A todos vosotros que habéis dado la vida por Jesucristo en todos los pueblos de la Alpujarra, en sus calles y en sus plazas, en sus iglesias y en sus torres, bajo la sombra de la persecución, pero a la luz del Cielo.

* A vosotros, ante todo, porque la Alpujarra es regada con vuestra sangre en la esperanza de la Vida Eterna. Tenéis ganada la corona de santos.

* A las muchas personas, tanto sacerdotes como seglares que, en diciembre de 1568, sufrieron martirio por su fe de verdaderos cristianos, en la rebelión de los moriscos de todos los pueblos alpujarreños. Vosotros lavasteis las vestiduras con vuestros testimonios en la sangre del Cordero.

* A cuantas personas murieron en distintas épocas, especialmente las del año 1936, y a las que siguen muriendo diariamente de forma violenta o inocente, y a todas aquellas que arriesgan su vida de comunión con los hermanos cristianos, siendo signo de esperanza a la humanidad sufriente, que vive bajo la injusticia de los poderes dominantes, y que, en definitiva, transforma la sociedad.

* A todos los misioneros que anuncian el Evangelio de Cristo por el mundo, ceñidos en la verdad del Reino de vida, de gracia, de justicia, de amor y de paz; muchos sois sufridores del martirio. Tenemos que llevar la luz de ese Reino de Dios al mundo que sufre los males estructurados por la injusticia.

* A todos los cristianos de hoy, que también sufrimos la vorágine materialista y los males del mundo actual, como la crisis provocada por el poder, los martirios por ser cristianos o por otras causas, las drogas, el hambre, las dictaduras, las corrupciones, las guerras planificadas, el terrorismo, las explotaciones, las mentiras, las promesas incumplidas, la inmigración controlada por los sistemas económicos, la pobreza en el mundo, la gran riqueza de unos pocos, los precios abusivos, el no impartir bien la justicia, la desaparición de cuentas bancarias, las comisiones ilícitas, los sueldos disparatados por una parte e injustos por otra, los chanchullos, el aforamiento excesivo, el indulto injustificado, el espionaje ilícito, el abuso de poder, la humillación a los que no pueden defenderse, etc.

Por aquí se nos arrastra a toda la humanidad. No es justo callar y pasar de largo ante casos de total inmoralidad. “La verdad nos hace libres”. Sólo cabe apelar a las conciencias de las personas para que salgan del dolor que les atormenta y puedan vivir como Dios manda. Por eso mismo fue mártir el mismo Hijo de Dios, caminando hacia el Calvario, donde murió por todos nosotros en la cruz, pero que resucitó para siempre.

Así, Jesucristo, auténtico maestro y mártir de todos los cristianos, nos presenta el verdadero camino para acercarnos a Dios, conocer su voluntad y alcanzar su favor; nos escucha en nuestras oraciones, nos perdona en nuestro arrepentimiento y nos oye en nuestros lamentos de sufrimiento y martirio. Podemos estar seguros en nuestras peticiones, pues contamos con más intercesores; es decir, con nuestros “mártires alpujarreños” delante de Dios. Recordemos que estos “mártires” nos han dado el mejor ejemplo de valentía para recorrer ese camino que lleva al Padre. Es un deber de justicia y gratitud, poner sobre el pedestal de la Iglesia el heroísmo y la fortaleza de estos puntales del amor más grande de quienes prefirieron la muerte antes que renegar de su fe; porque sólo Jesucristo era el rey y señor de sus vidas, y que, además, supieron perdonar a sus verdugos. Ellos vivieron aquí, en el mismo lugar que nosotros estamos, y saben todo lo que necesitamos; así que son nuestros mejores valedores para que intercedan a Dios por nosotros, porque están muy cerca de Él. Recordemos su entereza ante la ignominia a que se vieron sometidos y, en recuerdo fiel y agradecimiento, hagamos fructificar su forma de vida, confiados en su intercesión y, como católicos, en la Palabra y Gracia de Dios. Estos mártires ya terminaron el camino, nosotros todavía tenemos que hacerlo y queremos que sea con la

misma fuerza y unión, confiando en Dios y en los hermanos, viviendo esa alegría que el Padre les concedió:

La valiente alegría,
La que viene como la resurrección tierna
Entre escombros de caminos ya pasados.
La mejor alegría,
La que transita por pequeñas veredas,
Con nuestros pasos cotidianos
Y por las vertientes rutinarias.
La que surge espontánea con valores,
Cual lo hiciera Jesús,
Como los mártires torturados,
Sin disimulo alguno ni codicia.
Mártires de la Alpujarra, ¡gloria a Dios!

¡Oh almas dichosas y felices, a quienes nuestro dulcísimo Jesús ha admitido en su patria celestial! Nos congratulamos, y os damos, en nombre de toda la Iglesia, mil enhorabuenas por esta dicha tan grande. Unimos nuestra alegría con las vuestras, y con la de los Ángeles y Serafines; juntamos nuestras acciones de gracias con los cánticos y alabanzas que vosotros entonáis al Creador por tan inestimable beneficio. Sí, almas santas y dichosas, alegraos, que ya se acabaron para vosotras los martirios y tristezas, las aflicciones y trabajos, los peligros y tentaciones de esta vida miserable. Sólo os queda una eternidad de descanso, de alegría, de delicias y de bienaventuranza infinita. ¡Qué dicha también la nuestra, si con estos sufragios os hemos acelerado la posesión de tanta gloria! Sí, triunfad en el cielo; pero no olvidéis a vuestros pobres hermanos, que militamos aún en este valle de lágrimas; echad una mirada compasiva sobre nosotros; mirad de cuántos y de cuán fieros enemigos nos vemos rodeados. Ahora que sois tan poderosas delante de Dios, interceded por nosotros, para que siendo ahora fieles y constantes en su santo servicio, podamos en vuestra compañía alabarle y glorificarle eternamente en el mejor lugar, que es el Cielo. Amén.

Índice

Dedicatoria	7
Prefacio: Aclaración	13
Introducción.....	15
I: Primera Parte: La rebelión de los moriscos y de los enemigos de la iglesia siembran de mártires las tierras de las Alpujarras.....	23
Capítulo 1: El concepto de Mártir	25
Capítulo 2: El martirio como tipo fundamental del amor.....	34
Capítulo 3: La vida de los moriscos y la religión	41
Capítulo 4: La ortodoxia católica en tiempo de los moriscos	49
Capítulo 5: Acontecimientos que dan lugar a rebelión	62
Capítulo 6: Levantamiento de los moriscos Alpujarreños.....	71
Capítulo 7: Expulsión de los moriscos	78
Capítulo 8: El islamismo no es la religión cristiana.....	86
Capítulo 9: El Reino de España impone una sola religión: la Católica.....	95
Capítulo 10: Resistencia de moriscos y judíos en el Reino de Granada .	107
Capítulo 11: La Iglesia y la Inquisición ante el pueblo.....	117
II: Segunda Parte: Un mundo que busca nuevo rumbo	129
Capítulo 12: Decadencia, República y Guerra Civil de España	131
Capítulo 13: El año de la Fe.....	141
Capítulo 14: Tres títulos para el Papa Francisco.....	165
Capítulo 15: Repercusión de los sistemas contrapuestos a La Iglesia	195
Capítulo 16: Las Alpujarras estaban divididas en Climas y Tahas	216

Capítulo 17: Las Alpujarras quedaron marcadas por las Guerras	227
Capítulo 18: Cruz en la tierra, corona en el cielo.....	241
Capítulo 19: Martirios que dejan huella para siempre.....	259
Capítulo 20: Dos hechos sucedidos en Pitres ponen fin a los martirios .	272
 III: Tercera Parte: Tahas Occidentales de La Alpujarra de Granada	283
Capítulo 21: Lanjarón, entre el Valle de Lecrín y la Alpujarra	285
Capítulo 22: Visión general de La Alpujarra	300
Capítulo 23: Órgiva, cabeza de taha y del partido de la Alpujarra.....	313
Capítulo 24: Municipios fusionados con Órgiva	343
Capítulo 25: Otros municipios de la antigua Taha de Órgiva	348
Capítulo 26: Pueblos del Barranco, Antigua Taha de Poqueira.....	359
Capítulo 27: La Taha de Pitres, recostada al pie del Mulhacén	375
 IV: Cuarta Parte: Tahas Orientales y Costeras de la Alpujarra de Granada	455
Capítulo 28: La Alpujarra, tierra donde llegan otras culturas	457
Capítulo 29: La civilización Hispano-Arábica, una cultura decisiva	468
Capítulo 30: La Archidiócesis Granadina y su relación morisca.....	482
Capítulo 31: La Taha de Juviles y pueblos de su eje superior	501
Capítulo 32: Cádiar y otros pueblos de la antigua Taha de Juviles	534
Capítulo 33: Taha del Gran Cehel, entre la costa y el interior	553
Capítulo 34: Taha del Cehel Chico, costa Occidental Alpujarreña.....	594
Capítulo 35: Taha de Ugíjar, importante por su historia del pasado.....	609
 Apéndice: Cómo se vive una peregrinación a Tierra Santa	647
Conclusión: Carta a Jesucristo.....	673
Bibliografía	691

Prefacio

Aclaración

Cada persona es hija de su tiempo con sus coordenadas culturales, sociopolíticas y religiosas. Y yo soy hijo de la posguerra; me crié y eduqué en la cristiandad y su última versión de nacionalcatolicismo.

El catecismo de Ripalda y los libros de religión de primaria y bachillerato de las décadas del 50 y 60, con los que fui personalizando mi fe en la niñez, adolescencia y juventud, condicionaron mis vivencias y expresiones religiosas. Con la gracia de Dios y, según se acostumbra a decir, “como Dios me dio a entender” he mantenido mi fe en los trasiegos de la lucha de la vida, a través de sus diversas fases con sus luces y sombras.

En mi parroquia de Pitres se fue acrecentando mi conciencia católica, con las catequesis, sermones y pláticas de muy buenos y celosos sacerdotes, también hijos de su época y con las riquezas y limitaciones de su formación teológica y espiritual.

Mi vida de adulto, familiar y profesional me ha absorbido la mayor parte de mis energías y de mi tiempo. Las renovaciones del Concilio Vaticano II y la teología y espiritualidad consiguientes me han ido influyendo más o menos, como al común de los católicos, sin la hondura, trascendencia y nuevos lenguajes como seguramente han calado en los más expertos, dedicados en exclusiva al estudio y enseñanza de la teología y su práctica pastoral.

Agradezco de corazón a la Iglesia toda su renovación auténtica en su liturgia, expresiones catequéticas y lingüísticas; y su compromiso con la sociedad para mejorarla en todos los órdenes según el plan de Dios. En todo ello participo con satisfacción según mi alcance y posibilidades.

Pido comprensión para la perspectiva en que me he situado a la hora de escribir sobre mi tierra alpujarreña y sus avatares religiosos y sociales en su historia de siglos. Y para mis maneras de captar las complejidades de la realidad y expresarlas.

No soy un especialista en historia, ni en sociología religiosa, ni en teología, aunque las he estudiado. Soy un cristiano de a pie. Con mucho esfuerzo mental y con muchas horas de trabajo he recopilado muchos retazos de historia, de sufrimiento y de fe inculturada en otros tiempos; para que la “memoria histórica” nos haga más conscientes del legado de nuestros antepasados, más agradecidos a sus aportaciones de todo tipo y más responsables de nuestro presente histórico.

Así podremos contribuir mejor a la vida cristiana y la plural convivencia social y religiosa de las siguientes generaciones, a las que queremos ir pasando cada día la antorcha de nuestra fe y lo más granado de nuestra experiencia humana individual y colectiva.

Respecto al presente libro diré que su estructura es lineal y sencilla, sobre todo en cuanto a los mártires se refiere, pero también a la historia de cada pueblo alpujarreño. No digo que se lea todo seguido, sino que el orden puede orientarse al fin de cada lector, según su interés particular. Lo mismo puedo decir que el mejor libro es el que permite dialogar con su contenido. Los relatos y datos recogidos en el texto pueden llevar al lector a sus propias conclusiones, a conocer la Alpujarra en su conjunto. Es mi deseo. Y, especialmente, recomiendo la lectura y meditación de la “*Carta a Jesucristo*”, en la conclusión de este libro.

Y estas son mis buenas intenciones que mejor comprenderán quienes mejor me conocen. ¡Gracias!

Introducción

Ante todo debo decir que mi deseo es facilitar los principios de provechosa lectura, que con este sencillo libro, anhelo ofrecer para el conocimiento de los mártires de las Alpujarras, quienes entregaron la vida en pro de sus convicciones religiosas. A todos les propongo una reflexión sobre tan admirables hechos, suplicándoles que acepten, al menos, mi humilde voluntad. También los Apóstoles sufrieron penalidades infinitas: eran azotados por orden de los sacerdotes y magistrados públicos, y otros sufrieron el martirio, como igualmente lo sufrieron millares de personas, por profesar las santas doctrinas de Jesucristo.

¡Ojalá sean estas páginas de algún provecho para aquellas personas que las lean y, esencialmente, vean que el amor de Dios está presente en todos los creyentes! Porque los primeros cristianos nos dieron ejemplo llevando una vida santa. Ninguno consideraba los bienes que poseía como propios, sino que hacía partícipes de ellos a todos sus hermanos. Practicaban la caridad, por lo cual eran muy venerados por el pueblo humilde. Sufrieron terriblemente persecuciones durante más de trescientos años consecutivos; pero cuanto más sangrientos y continuos eran los odios de los emperadores, más y más fue aumentando el número de mártires y santos.

“La corona de los mártires de las Alpujarras”, es, por antonomasia, el cerro de la **Corona** como un baluarte de la Taha de Pitres. Recurro a tal sinécdoque porque tengo la persuasión de que las figuras literarias, bien aplicadas, iluminan los conceptos. Corona significa símbolo de distinción o de recompensa, es la guirnalda que se lleva en la cabeza; en la frente; y a la altura de Pitres está presente el cerro de la Corona, justamente por encima de Almegíjar, delante de la sierra de la Contraviesa, entre los ríos Cádiz y Trevélez, donde siempre había una cruz. Parece como si fuera la cruz de la Pasión, cuando se le colocó a Jesús una corona con espinas significando burlescamente con ella que era rey de los judíos, porque en el Antiguo

Testamento la corona se usa como signo de realeza a partir de Saúl. Por ser la recompensa de la victoria, la corona fue el símbolo del martirio en el cristianismo. Los primeros cristianos colocaban coronas de flores en la tumba de los mártires. En algunos monumentos cristianos aparece una mano, símbolo de Dios, que sostiene una corona sobre la cabeza de un santo o un mártir. A partir del siglo IV se acostumbró suspender coronas de orfebrería en las iglesias, sobre el altar. Una acepción de la palabra corona es la de nombrarse con ella el Santo Rosario. En torno al cerro Corona hay un rosario de mártires, que dan su vida antes que negar a Cristo, al Evangelio, a sus creencias y principios cristianos, bajo el sueño de cada uno de los pueblos alpujarreños, anunciando el Reino de Dios contra el viento y la marea de los fundamentalismos religiosos y las represalias políticas. La sangre derramada por estos mártires ante la presencia del cerro Corona, se muestra como hierro templado del Barranco de la Sangre y en torno al río Bermejo, como cauce de agua viva del propio Jesús y que es el sueño del Dios Vivo para todos los hijos de las Alpujarras que, igualmente, sueñan con sus santos mártires. Después de tantos años, pienso que es hora de que nos identifiquemos con las Causas loables de nuestros santos, ya que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo caben todos los hijos de Dios. El martirio es la muerte sufrida por defender la fe y el amor a Cristo. El alma del mártir entra directamente en el Cielo, como si acabara de recibir el Bautismo. Por eso se llama al martirio bautismo de sangre. Ahora sólo falta el reconocimiento por parte de la Jerarquía de la Iglesia, para que la Alpujarra figure en el santoral católico. Como cristianos, deseamos que el triunfo eterno de nuestros santos mártires sea la germinación de nuevos santos sobre toda la tierra alpujarreña, con el cerro Corona florido y sabiendo que por Cristo seguiremos cantando jubilosamente que nos toca resucitar aunque sea “sufriendo el martirio”. Este es el objeto principal y primer punto del presente libro.

La principal rebelión de las Alpujarras se produjo entre 1568 y 1571, siendo rey de España Felipe II, como respuesta a un edicto, llamado la *Pragmática*, que ya El rey Carlos I promulgara en 1526 para un plazo de cuarenta años, el cual se hizo público en 1566 para limitar las libertades religiosas, prohibición de lengua, costumbres, etc., de los moriscos. En 1567 el presidente de la Audiencia de Granada, Pedro de Deza, lo puso en ejecución de inmediato, con medidas vejatorias y de injusto trato; además se les prohibió que exportaran seda, base de su economía y se les confiscó la

mayor parte de sus bienes. Todo ello motivó el feroz levantamiento de 1568 en las Alpujarras.

Las Alpujarras o, simplemente, Alpujarra hoy son otra cosa. Hay mejores comunicaciones, aunque bastante irregulares para los tiempos que corren. Están más adecuadas a vivir con más dignidad, pero faltan ciertas infraestructuras para gozar de la vida en igualdad con otras comarcas españolas. Se extiende desde el Mulhacén (3.482 m.) hasta el Mediterráneo, descendiendo en valles profundos, con sierras de considerable altura, formando grupos compuestos de montes y cordilleras, con un contraste de bellos paisajes y pueblos colgados por las montañas, de construcción escalonada de casas blancas. Las sierras de la Contraviesa y Gádor son el armazón de las Alpujarras, llamadas por los árabes “Montes del Sol y del Aire”, paralelas ambas a Sierra Nevada. Sus ríos vierten las aguas al mar Mediterráneo en una depresión, que va recorrida por los ríos Guadalfeo, Adra y Andarax, con numerosos afluentes como el Trevélez con el Bermejo, Poqueira, etc. Estos ríos y otras muchas corrientes riegan los diferentes campos, dando origen a distinta vegetación según la altura que desde el propio clima mediterráneo conforman —de abajo hasta las máximas alturas— pisos bioclimáticos diferentes: termo, meso, supra, oro y crioro-mediterráneo. Pues bien, de esta forma, en un solo día se puede pasar desde una playa ardorosa hasta las cumbres heladas donde llega a desaparecer la vegetación, pero donde encontramos la mayor variedad jamás conocida en España.

La parte Sur de Sierra Nevada o Alpujarras es una depresión longitudinal que se formó por la compresión ocasionada por un acercamiento y colisión de las placas tectónicas africanas y la sub-placa ibérica, dando lugar este movimiento geológico al plegamiento que originó las montañas alpujarreñas. Dicho acontecimiento tuvo lugar durante la orogenia alpina, en el Terciario, determinando las máximas alturas del núcleo central de esta parte de Sierra Nevada (Complejo Nevado-Filábride) y, rodeando estas alturas, en paralelo se forma el Complejo Alpujárride.

El fin que pretendo es que se conozca la historia de los mártires alpujarreños, especialmente los que sufrieron martirio desde diciembre de 1568 hasta el 1570, principal guerra en la rebelión de los moriscos de todos los pueblos de la Alpujarra, porque hubo otras guerras contra los moriscos entre los años 1499 al 1551, y también las que hubo en otros períodos, cual

ocurrió contra el Imperio Romano, contra el Ejército francés o el levantamiento de 1936 en la costa, en el oriente y en el centro de esta zona que quedó bajo el gobierno de la República. Sobre la rebelión de los moriscos de 1568 hay escritos varios libros y artículos, donde se narran los sucesos de estas guerras, se relatan los horrorosos martirios, se describen la fundaciones de las parroquias, de las hermandades religiosas, las Actas Jurídicas del Archivo Parroquial de Ugíjar sobre los martirios de la Alpujarra, los escritos del menor de los Almenara, se detallan los sucesos de cada pueblo en los Libros de Apeo, se cuentan las cosas importantes acaecidas, en general, y de tradición, oídas de viva voz; hay autores que relatan con detalles los sucesos de 1568, como Caro Baroja, Carrascosa Salas, Francisco A. Hitos, Hurtado de Mendoza, Pascual Madoz, Mármol Carvajal, Pérez de Hita, Domínguez Ortiz, López Rodríguez, Barrios Aguilera, entre otros muchos que figuran en la bibliografía y que recomiendo su lectura.

Resulta difícil refundir y propagar lo que ya hay escrito. Jamás serán superados esos historiadores, geógrafos o narradores coetáneos que tan pulcramente relatan los sucesos acaecidos en las Alpujarras. Repito: lo que pretendo es que se agilice el proceso para los santos Mártires de las Alpujarras. Por ellos he trabajado en estas investigaciones y ensayos, sin notas ni citas a pie de página, aunque sí los nombro en los textos para su consulta de libros. Algunas palabras están escritas como en los textos originales. De todas formas, lo he dispuesto así para que su lectura resulte sencilla, para que el pueblo llano comprenda el sufrimiento de los cristianos en estas tierras y para que la Iglesia y las personas doctas no se olviden de estos acontecimientos martiriales. Por eso, los mejores relatos son los que ya hay escritos; sólo falta la información que remueva los corazones ante tan atroces martirios. Ah, que comprendamos todos la riqueza y bendición que supone para las Alpujarras tener tantos **santos mártires y ¡qué Santos Mártires!**

No podemos olvidar los años 30 y sobre todo el 1936, ya que en España fueron asesinados más de siete mil sacerdotes y religiosos, con muchísimos cristianos, especialmente cuando con el Gobierno del Frente Popular se incrementaron los incendios, asaltos, saqueos, destrucciones de iglesias y conventos. Durante este tiempo y en la Guerra Civil los milicianos asesinaron en las Alpujarras a muchos sacerdotes, monjas, seminaristas y cristianos en general. El eurodiputado Giertych dijo que en la República “la

izquierda se comportaba como los bolcheviques en Rusia". Fue horroroso. En ninguno de los casos conocidos hubo apostasía, sin renegar de su fe y la mayoría murió perdonando.

Desde los primeros tiempos del cristianismo, la sangre de los mártires ha ensalzado a la Iglesia de Jesucristo, porque desde el primer mártir, S. Esteban, hasta los últimos misioneros asesinados, de forma violenta, en estos años que llevamos del tercer milenio del mensaje evangélico y cristiano, han quedado registrados en los anales martiriales. En los años vividos de los veinte siglos pasados, han recibido el martirio un inmenso ejército de hombres y mujeres, en los que se cuentan obispos, sacerdotes, religiosos, monjas y fieles cristianos; y entre ellos, personas mayores, jóvenes e, incluso, niños. Muchos de los cuales fueron martirizados en las Alpujarras, donde derramaron su sangre, siendo auténticos testigos de Cristo. "Nadie tiene amor más grande que aquel que da su vida por su amigo", como dijo Jesucristo. La persecución padecida por los mártires antes, ahora y siempre, ha tenido, tiene y tendrá el mismo origen: el odio enconado a la fe y el rechazo de Jesucristo y de su doctrina.

Los cinco años que, aproximadamente, duró la República en España fue una constante de incertidumbre, aunque los republicanos se dicen democráticos, con aspiraciones y preocupaciones políticas importantes que buscan conexión en las naciones democráticas de occidente. Deseaban un gobierno partidario de la libertad de pensamiento, que ganara relaciones internacionales. Pero persiguieron a la Iglesia de una forma despiadada, jactándose de haber aniquilado al catolicismo en todas las zonas que en la Guerra Civil dominaron: asesinaron obispos, sacerdotes, monjas y cristianos, así como hacerse con todos sus bienes, que dicen ellos pertenecen al pueblo; los templos, las imágenes y los objetos religiosos fueron bárbaramente incendiados y destruidos. El republicano y anticlerical, Manuel Azaña, fue ministro de la Guerra en 1931, jefe del Gobierno desde diciembre hasta octubre de 1933, y elegido presidente de la República el 10 de mayo de 1936; a renglón seguido viene la censura de prensa y toda clase de desmanes.

Las comarcas de las Alpujarras de Almería y Granada, se vieron empañadas en la llamada Rebelión de los Moriscos con numerosos martirios de cristianos, entre los que había cerca de un centenar de sacerdotes. Esto se repite, como ya queda dicho, y vuelven a ser pacto de

llamas, de persecuciones y de martirios en la época de la República y de la Guerra Civil. En ambas ocasiones las parroquias alpujarreñas dieron más mártires a la Iglesia que otras comarcas.

Como bien sabemos, las Alpujarras se extienden entre las provincias de Granada y Almería, donde la Prehistoria ha dejado restos humanos pertenecientes al período Mesolítico en la Cueva de los Murciélagos, muy cerca de Albuñol y de la costa mediterránea; también en los Millares de la Sierra de Gádor y en otros lugares de la zona, hacia el 2700 a. de C., según las explotaciones mineras aparecidas.

Haremos un recorrido por los diversos pueblos de la Alpujarra para ver cómo se martirizaron muchos cristianos en la masacre de 1568, así como comentar brevemente los martirios de la Guerra Civil y otros datos de interés. No olvidemos que la Alpujarra tuvo gran importancia en tiempos pasados. Su antigua apelación era la de Ilípula, y Ben Hud fue coronado rey de Andalucía en Ugíjar, antigua metrópoli de la Alpujarra. Además hay que decir que sobre su nombre opinan diversamente varios escritores, pero su pasado musulmán identifica Alpujarra —como teoría más probable— con su primer alcaide Abrám Alpujar, si bien no es de descartar el vocablo de los beréberes: Al-Busheret o Al-Bugscharra, que significa tierra de pasto. La división alpujarreña data de 1833, en que se hace la separación de las provincias de Almería y Granada.

Otro dato histórico de la Alpujarra es el nombre de “taha”, puesto que los reyes del Reino de Granada la dividieron en tahas al objeto de poder controlar mejor la zona, ya que su aspereza, diversidad montañosa, barrancos y poblados de grandes bosques la hacían ser de total independencia. Hoy existe el municipio de “La Taha”, compuesto por la unión de Pitres, Mecina-Fondales y Ferreñola, con sus poblados de Capilerilla, Mecinilla, Fondales y Atalbéitar.

Por cierto que en torno al río Bermejo de Pitres, frente al cerro Corona, por debajo de la Acequia Laderona y la Glorieta había varias cuevas comunicantes entre sí, de difícil acceso, en un enorme bosque, donde habitaba una tribu de origen oriental o púnica, no se sabe con certeza, pero de un idioma entre semítico-sirio y cartaginés, tan antiguo como indescifrable, y, probablemente, la última existente en España, que mandó quemar el Inquisidor General. Estas intolerancias de épocas pretéritas aplicadas por la Inquisición, posteriormente por el Absolutismo, más tarde

por la República y finalmente por la represión franquista, han sido nefastas para las personas de bien en toda la Alpujarra; pero que ahora tenemos la democracia para mejorar esta abandonada tierra. Esperemos que esa mejora comience por las comunicaciones, y no cometan errores como el de Medio Ambiente con el borrado de la carretera que cruzaba del Mulhacén al Veleta en plena Sierra Nevada, cosa muy negativa para el turismo moderno, el del coche.

Por último, recordemos que, en 1609-1610, el rey Felipe III decretó la expulsión total de los moriscos de España que se estimó en más de 300.000 personas, las cuales marcharon generalmente hacia el continente africano. Nunca tenía que haber sucedido esta severa expulsión, creo que se pudieron tomar otras medidas, porque la Alpujarra y España perdieron mucho, especialmente en la faceta económica. Era increíble ver a los moriscos trabajar y aprovechar el terreno, los medios disponibles y crear riqueza día tras día; esto merece todas las alabanzas. El mundo árabe le ha dado mucho a España, pero en el campo religioso no actuaron debidamente; si se hubieran comportado con más libertad se podían haber evitado tantos martirios. Por lo tanto, nuestras críticas no pueden quedar en el olvido. De todas formas, pido perdón a unos y a otros si en algo les molesto. Mi conciencia siempre estará tranquila, porque con la ayuda de Dios y de mi humilde condición, procuraré ser lo más objetivo posible. Tal vez este libro no será bien visto por todos los que lo lean o lo ojeen, por lo que si alguien se da por ofendido, repito, le pido perdón. Las críticas, que las habrá, naturalmente, para este humilde pecador y poco habituado en estas lides de escritor, las aceptaré. Me daría por satisfecho si una sola persona creyera que cuanto escribo ayuda a conocer un poco mejor lo que fue, ha sido y es la Alpujarra. Diré que pienso, sobre todo, en dar a conocer mi tierra alpujarreña para que no quede en el olvido, especialmente en lo que se refiere a nuestros santos mártires.

Principalmente pretendo que este libro resulte lo más sencillo posible en su lectura, sin complicaciones de notas y reseñas. Lleva relatos sobre los martirios más llamativos, oraciones, novenas, vidas de santos e historietas de los pueblos, de sus monumentos, de sus fiestas, de su pasado, etc. Mi idea es que después de su lectura, procuremos difundir la santidad de nuestros mártires, pidiéndole a Dios que sean elevados a los altares. Y como ellos son santos y están cerca del Eterno, les pedimos su intercesión por

medio de Jesucristo, que dio su vida por nosotros, para que formemos parte de su Reino.

Por fin me llegó una gran noticia. Unos compañeros de Teología me dicen que existe una Comisión Histórica de los Mártires de las Alpujarras, que fue establecida para recoger las informaciones disponibles para un eventual proceso de beatificación de estos cristianos. Me comunican que dicha Comisión lleva trabajando cinco años y está formada por diez personas, que son las siguientes: tres historiadores, de Castilla-La Mancha, Almería y de la Universidad de Granada; los delegados para las Causas de los Santos de Granada y Almería; el Vicario General de la Diócesis de Granada, D. Manuel Reyes, una archivera diocesana, una secretaria y una persona de Guadix. La Comisión está presidida por el Sr. Arzobispo de Granada.

Con el Papa Juan Pablo II se beatificaron muchos *“mártires de la fe”*. Hasta el año 2000 se elevaron a los altares a 239 mártires y el 13 de octubre del año a 522 en la Diócesis de Tarragona. Hasta hoy, aproximadamente, son más de 1000 los beatificados por la Iglesia Católica en un total de 14 ceremonias. En el año 2014, el domingo de la Divina Misericordia, el Papa Francisco ha hecho santos a Juan XXIII y a Juan Pablo II. **Esperemos que en una próxima ceremonia se eleven a los altares a los “SANTOS MÁRTIRES DE LAS ALPUJARRAS”.**

I

Primera Parte

La rebelión de los moriscos y de los enemigos
de la iglesia siembran de mártires las tierras de
las Alpujarras

Capítulo 1

El concepto de Mártir

Mártir es el que sufre muerte violenta por su fe religiosa. También, el que ha sufrido grave persecución y corrido peligro de su vida por la misma causa. La palabra mártir proviene del griego y significa testigo, que en varias religiones tal condición se ha acreditado con alguna forma de respeto y amor de culto. La idea sobre el martirio se puede ver ya en la época tardía del Antiguo Testamento. Así Eleazar, tercer hijo de Aarón y sucesor suyo, cabeza de los sadiquitas, murió mártir como consecuencia de los muchos golpes recibidos, pues pudiendo librarse de la muerte, sufrió grandes dolores por su amor al Señor, siendo un ejemplo de humildad para toda su nación. Lo mismo se puede decir de Isaías, mencionado abundantemente en el Nuevo Testamento, del que dice la tradición que su cuerpo fue aserrado por la mitad, a la altura de la cintura. La idea se extiende sobre todo a la persecución helenística contra los observantes de la tradición judía, en tiempo de los Macabeos, pues leyendo el capítulo 7, 1-41 vemos el sufrimiento de aquella madre que vio morir a sus siete hijos en un solo día; pero con la esperanza puesta en el Señor, daba ánimos a cada uno de sus hijos durante el martirio de estos siete hermanos macabeos. El judaísmo hizo compatible la condición de mártir con la resistencia activa incluso armada (I Mac. 2,40). Los cristianos consideraron su primer mártir al diácono Esteban, aunque antes Juan Bautista —en ejecución de su misión— había sido ejecutado por Herodes.

El culto a los mártires se hizo popular durante las persecuciones. El lugar donde el mártir había sufrido o se suponía enterrado se consideraba sagrado, pues muy pronto se asoció con la celebración de la eucaristía. Tanto valor se atribuía al martirio que se consideró sustituto del bautismo, llamándosele **“bautismo de sangre”**. También se confeccionaron actas sobre las circunstancias del martirio, y que se solían leer en los aniversarios. Aunque este género de literatura fue objeto de mucha mixtificación, algunas actas de martirio reúnen las condiciones para considerarlas auténticas, como ocurre con las de S. Policarpo, con las mártires africanas Perpetua y Felicidad, con las sevillanas Justa y Rufina, o con los propios

mártires de la Alpujarra de 1568. Otras, son realmente convencionales o de carácter novelesco, cual se puede decir de las leyendas de S. Sebastián o de S. Jorge. El número de mártires en las diversas persecuciones llamadas generales, es decir, desde la de Nerón en el siglo I hasta la de Diocleciano y Maximiano en el siglo IV se exageró mucho, y el historiador Eusebio afirma que no fueron tantos. Ya a principios de la Edad Media en Roma las catacumbas fueron minas de sepulcros de supuestos mártires, muchos absolutamente desconocidos, objeto de devoción, pero también de tráfico sustancioso para rellenar la historia material. Por otra parte, disidentes como los donatistas norteafricanos exhibían sus propios mártires.

A veces el martirio fue consecuencia de provocación, cuando creyentes más o menos fanatizados se presentaban espontáneamente y desafiaban al magistrado perseguidor. Tal actitud en general no fue bien vista, y alguna vez como en la dominación islámica de España la propia autoridad eclesiástica amenazó con no reconocer aquellos martirios espontáneos, causa de conflictos. Algunos martirios fueron auténticos suicidios, como el caso de santa Apolonia, que ella misma se arrojó al fuego, o el de santa Pelagia de Antioquia, que se arrojó al vacío. El deseo de controlar el culto de los mártires, y de los santos en general, llevó a la confección de catálogos o “martirologios” más o menos oficiales, aunque ya se ve que no se limitan a los mártires propiamente dichos. En general, los mártires mueren como Jesucristo, injustamente, de manera que su muerte pone en evidencia la injusticia de quienes lo condenan. Jesús ha predicado el amor, y el amor al enemigo, no quiere la perdición de nadie, sino la salvación de todos. Y muere perdonando a sus verdugos: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”. Por eso la Iglesia cuenta con una gran lista de mártires, entre los que destacan Esteban, Ignacio de Antioquia, Policarpo, Justino, Lorenzo, Cipriano, Bonifacio, Estanislao, Tomás Becket, Juan Fisher y Tomás Moro, Isaac (Jogues) y Juan (de Brében), Pedro Chanel, Carlos Luanga, Perpetua y Felicidad, Inés, María Goretti y Todos los Santos mártires de Cristo que murieron por todas las partes del mundo, entre ellos, los “Santos Mártires de las Alpujarras”. De ellos hablamos en los apartados correspondientes a cada pueblo.

Los primeros cristianos llamaban mártir al testigo de la verdad religiosa por el sufrimiento. A finales del siglo II sólo lo fue el testigo que en las persecuciones daba el testimonio con la muerte. Los que únicamente habían sufrido la persecución y conservaban señales de ella en su cuerpo

fueron denominados confesores, de ahí el dicho de “antes mártir que confesor”. La terminología de “confesores”, la consagró Benedicto XIV en su libro “De servorum Dei beatificatione”, en el que dio normas sobre la canonización de los santos de la Iglesia.

El apóstol Pablo se preguntaba: “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” y contestaba: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”. Por la muerte y resurrección Jesús nos libró automáticamente de la esclavitud de nuestra naturaleza pecaminosa, que obtendremos siempre que seamos obedientes a las prescripciones divinas. Jesús invita constantemente a todos a buscar y encontrar descanso en Él, porque gemimos bajo el peso de cargas que sólo Cristo puede quitar. La carga más pesada que llevamos es la del pecado, que nos aplastaría si no fuera por el amor que Cristo nos da rescatándonos; es un privilegio descansar en su amor. Recordemos que nuestro amor puede cambiar, pero el de Cristo no. Cuando clamamos su ayuda nunca nos vemos defraudados, su mano se extiende para salvarnos. Sin embargo, la ayuda y descanso que Él nos ofrece depende de ciertas condiciones, las cuales todos podemos cumplir. Es muy claro cuando nos dice lo siguiente:

“Llevad mi yugo sobre vosotros”. Jesucristo desea que se ponga a un lado el yugo de servidumbre. *“Mi yugo es fácil, y mi carga ligera”*. El yugo es un instrumento de servicio esencial para que los bueyes puedan trabajar eficazmente, por lo que Cristo nos quiere decir que somos llamados a servir mientras dure la vida. Hemos de tomar su yugo para colaborar con Él, y estar unidos en este servicio mediante la ley de Dios, buscando primeramente su Reino y su justicia, porque nos promete que todas las cosas que nos sean necesarias para esta vida nos serán añadidas. Nuestro Padre celestial tiene mil formas para proveernos de lo que necesitamos, de las cuales no sabemos nada. Los que aceptan el principio de dar el lugar supremo al servicio y a la honra de Dios, verán desvanecerse las perplejidades y percibirán una limpia vía para caminar. El nombre de Jesús es el único “debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”... Cristo encargó a los discípulos que predicasen la remisión de los pecados en su nombre por todas las naciones.

Para confiar en Dios es necesario creer que Él nos librará, hará que este valle de lágrimas se convierta en un vergel de felicidad y un remanso de paz. La tarea no resulta tan fácil cuando se nos presentan graves problemas

en la vida, empezando por el enigma del dolor humano y el sufrimiento; cuestión ésta que muchos han tratado de resolver, tal vez culpando no sólo a la vida humana, sino hasta al mismo Dios. Pienso que una gran parte del sufrimiento es producto de la injusticia humana. Pero Dios nos habla de muchas maneras, e incluso permite, a veces, que suframos para bien nuestro. En 2ª Corintios Pablo examina este gran problema, porque era un hombre que había sufrido enormemente; sin embargo, siempre confió en Dios y nos dice: *“Pero tuvimos sobre nosotros sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos”*.

Otro motivo por el que Dios da lugar a que nos aflijamos, es para que aprendamos que Él es un Dios de misericordia y de bondad. Se trata de que su poder y voluntad nos dé fuerza y sostén en medio de nuestras aflicciones y dolores. El creyente que sufre, muchas veces, experimenta un consuelo divino que los que no hemos sufrido así, no podemos experimentar. También permite Dios que, otras veces, suframos para que aprendamos a consolar más tarde a aquellos que sufren; sepamos que la consolación es un don de Dios. Las riquezas de la gracia divina son para repartirlas y sean bendición a otros. En Jesucristo todos somos uno y cuando uno sufre sufrimos todos con Él; estas son las bendiciones de la gran familia cuya cabeza es Jesucristo, quien quiere compartir nuestro dolor y consolarnos más que nadie. Cristo puede consolarnos y darnos paz, ya que Él sufrió sobremanera en la cruz del Calvario.

La fe es superior a la lógica, porque sólo el que cree puede comprender sus verdades. Recordemos el caso del Evangelio con Jairo, que acudió al Maestro para que sanase a su hija gravemente enferma; pero al comunicarle por el camino de su casa que ya había muerto, tuvo un cruel golpe. Jesús le dijo: *“Jairo, no temas, cree solamente”*. La fe de Jairo era débil, pues al comunicarle la muerte de su hija Jesús estaba hablando con una mujer que le tocó el bordón de su túnica, y había sido curada de una larga y penosa enfermedad; en este instante Jairo desesperó, entonces llegan las palabras de Jesús: *“No temas, cree solamente”*. Dios quiere fortalecer nuestra fe y emplea muchos medios. Su Palabra es el medio más eficaz, pero también la oración, o los cantos de alabanza, o los propios símbolos de nuestra fe que nos acercan a Él e imparten su gracia por obra del Espíritu Santo. Claro, para fortalecer la fe hacen falta las pruebas, por lo que Dios nos pone a prueba, aunque nunca más allá de lo que se puede soportar en un callejón sin salida, al objeto de que encontrando obstáculos por todas partes

miremos al Cielo donde Él está. Bien podemos recordar la fe de Abraham, el amigo de Dios, que tuvo que pasar por la terrible prueba de ofrecer a su hijo en sacrificio. El conflicto de Abraham fue un dilema entre el amor que tenía para con su hijo y el deber de obediencia a su Dios. La fe es un triunfo, porque Dios nos ama y aun en medio del dolor podemos vislumbrar su sabiduría y amor.

¡Cuán fuertes son para nosotros la verdadera fe y la verdadera oración! No todos tienen fe, porque muchos la estiman como opinión. La fe es la convicción de lo que no se ve y la certeza de lo que se espera. Así, tanto la fe como la oración son como dos brazos por los cuales la persona se asiese al poder del Amor infinito. Siguiendo con la fe, diremos que consiste en confiar en Dios, en creer que nos ama. Él sabe lo que más nos conviene, de tal manera que en vez de nuestro camino, nos induce a preferir el suyo. En vez de nuestra ignorancia, acepta su sabiduría; en vez de nuestra debilidad, su fuerza; en vez de nuestro pecado, su justicia. Toda nuestra vida ya es suya; la fe reconoce su derecho de posesión, y acepta su bendición. No obstante, la fe salvadora es una transacción, mediante la cual aquellos que reciben a Cristo se unen a Dios por un pacto. Entonces la fe verdadera es vida, que significa confianza y aumento de fuerza, por la cual el alma llega a ser un poder vencedor... Cristo nos da ejemplo, pues vivió en el mundo en medio de pruebas y de tentaciones como las que tenemos nosotros. Supo resistir para no pecar. Él murió por nosotros, ahora nos ofrece quitar nuestros pecados y darnos su justicia y su santidad. Sólo tenemos que entregarnos a Él y aceptarlo como nuestro Salvador. Eso fue lo que hicieron los mártires, entregándose a Él y aceptándole como su Salvador; ellos dieron su vida en testimonio de su fe en Cristo, siendo los testigos por excelencia. Ser mártir es ser testigo de Cristo no solamente por su confesión de fe, sino también por su sangre derramada, imitando de esta forma la obra y la muerte salvadora del Redentor.

Dios nos habla por medio de la vida natural, por la revelación, por su providencia y por la influencia de su Espíritu. Sabemos que esto no es suficiente, necesitamos abrirle nuestro corazón. Porque si tenemos vida y fuerza espirituales, debemos comunicarnos con nuestro Padre celestial. Nuestra mente puede ser atraída hacia Él, pudiendo meditar en sus misericordias, en sus obras, en sus bendiciones. Para tener comunión con Dios debemos hablarle abiertamente de nosotros y de nuestras vidas. Orar es el acto por el cual abrimos el corazón a Dios como a un amigo, de tal

manera que nos veamos preparados para recibirle. La oración no baja a Dios hasta nosotros, sino que nos eleva hasta Él. Recordemos que Jesús enseñó a orar a sus discípulos, les enseñó a presentar sus necesidades cotidianas delante de Dios y les prometió que sus peticiones serían contestadas...

Desde muy antiguo todos los santos han recomendado y aconsejado que se practique la oración. En cualquier época de la historia encontramos grandes santos que hablan positivamente de ella. Así tenemos a San Basilio Magno que dice: *"Como el demonio sabe que la oración es el único medio por el que conseguimos todos los bienes, por eso hace todo cuanto puede para impedirla... Ella es como la comida, sin la cual no se puede vivir por largo tiempo"*. San Buenaventura: *"En verdad que el auxilio divino solamente acompaña a quienes de corazón lo piden humilde y devotamente suspirando por él en este valle de lágrimas; cosa que se consigue con la oración ferviente; lo que significa que la oración es la madre y origen de la sobreelevación"*. Santa Catalina de Siena: *"Perseverando en la oración humilde, fiel y continua, adquiere el alma todas las virtudes"*... Santa Teresa de Jesús: *"Aquellos ratos que estamos en la oración, Dios los tiene por mucho"*. San Vicente de Paúl: *"En la oración mental es donde yo encuentro el aliento de mi caridad... Lo de mayor importancia es la oración; suprimirla no es ganar tiempo sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo"*. San Juan de la Cruz: *"Por ninguna ocupación se debe dejar la oración mental, que es el sustento del alma"*, Y así podríamos seguir con las opiniones de miles de santos.

"No os inquietéis por cosa alguna, sino más bien en toda oración y plegaria presentad al Señor vuestras necesidades con acción de gracias". (Fil. 4,6). Es una pena que algunos digan que están muy ocupados para orar. Sin embargo, tienen tiempo para todo aquello que quieren hacer, ¿no es verdad? Esperar en Dios implica hallarse en comunión con Él, y esto es la oración. Orar es hablar con Dios, que constantemente se pone en contacto con nosotros a través de la conciencia, porque la oración es necesaria para la salvación. Todos los santos del Cielo llegaron a ser santos por la oración. ¿Quién no ha orado a Dios estando en apuros? *"Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán..."*

Los mejores testigos de Cristo son los mártires, que con sus oraciones y sus confesiones de fe, han llegado hasta derramar su sangre imitando, de esta forma, la obra y la muerte salvadora del que dio su vida por toda la humanidad. Los mártires nunca niegan su fe ni se arredran ante las

torturas, ya que desean con todas sus fuerzas abrazar al Señor Crucificado. El mártir es el que da su vida en defensa de la verdad, respaldada con una serie de virtudes, que como decía San Alfonso María de Liborio en *“Las Victorias de los Mártires”*, hemos de admirar y aprender de ellos. Nosotros tratamos de imitarlos y conseguir su intercesión dándoles culto de veneración, nunca el culto de adoración; porque éste sólo se le da a Dios. Como bien decía San Agustín y recuerda la Santa Madre Iglesia el culto de adoración o latría sólo es dado a Dios. Hay una mala costumbre en algunos cristianos, cuando regresan de comulgar, que se paran ante algunas imágenes santiguándose... Con esta postura demuestran o dan la sensación de ignorar que han recibido a Dios, que está por encima de todas las cosas. Dios, el Eterno, el que posee existencia propia, el no creado, el que es la fuente de todo, es el único que tiene derecho a la adoración suprema. *“No tendrás otros dioses delante de mí”*. Se prohíbe al hombre dar a cualquier otro objeto el primer lugar en sus afectos o en su servicio. *“No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el Cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás”*...

Cuando las personas se apartan de lo que requiere el Señor y escogen un camino equivocado, se oponen a Dios. No tendrán lugar en el Reino de los Cielos, porque luchan contra los mismos principios de la ley divina. Al despreciar la voluntad de Dios, se ponen de parte de Satanás, el enemigo de Dios y de las personas.

Todos los cristianos consideramos a Cristo el primer mártir, prototipo de todos los mártires de la historia de la Iglesia y del mundo entero. Con su pasión y muerte de cruz, es el que da fe de la misión que le confió el Padre. Por eso, cuando le condenan dice en Juan 18,37: *“He nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad”*. En particular podíamos hacer muchísimas citas bíblicas sobre su Pasión y Muerte, pero es mejor que nosotros las meditemos leyendo el Nuevo Testamento, que en su conjunto reconoce en Jesucristo al Siervo sufriente que relata el profeta Isaías. O esas otras anónimas...

*¡Quiero vivir! A Dios voy
Y a Dios no se va muriendo;
Se va su voluntad cumpliendo
Durante el tiempo del hoy.*

*De luz y de sombra soy
Y quiero darme a los dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
Robusta y santa semilla
De esto que tengo de arcilla,
De esto que tengo de Dios!*

*Quien diga que Dios ha muerto
Que salga a la luz y vea
Si el mundo es o no tarea
De un Dios que sigue despierto.
Ya no es su sitio el desierto
Ni en la montaña se esconde
Decid, si preguntan dónde,
Que Dios está sin —mortaja—
Donde una persona trabaja
Y un corazón le responde.*

También tenemos que recordar a Santa María, Reina de los mártires, con su dolor de Madre, viviendo el martirio en su corazón. Padeció en sumo grado el dolor interno más que los verdaderos mártires sus sufrimientos exteriores. El martirio ha encontrado en María un compromiso con ese dolor que llega hasta el fondo del alma, sufriendo con el mismo la Pasión y Muerte de Cristo Crucificado. Ella participó en la ofrenda del Salvador con una resignación ejemplar y humilde, con el mayor dolor, pero también con el mayor amor a Cristo y a toda la humanidad. En muchos pueblos se venera a la Virgen de los Dolores con tanta devoción, que la sacan en procesión junto con el Señor Crucificado. Esto significa que la Virgen, la mejor Madre, se uniera dolorosamente a su Hijo en la Cruz, por lo que se la considera Reina de los Mártires y Madre Santa. Ella vivió marcadamente siete dolores:

- 1º.— La profecía de Simeón.
- 2º.— La huída a Egipto.
- 3º.— El Niño perdido en el templo.
- 4º.— El encuentro de Jesús y María.
- 5º.— María al pie de la Cruz.
- 6º.— Jesús en los brazos de María.
- 7º.— El entierro de Jesús y soledad de María.

Durante la rebelión de los moriscos en 1568, una imagen de la Virgen del Rosario, entre otras, sufre el martirio. La queman, la mutilan con un hacha, la arrastran por todo el pueblo de Ugíjar, la utilizan como puente para cruzar una acequia y la arrojan a un pozo. En 1606, mientras un vecino limpia el pozo, cuenta la tradición que se iluminó y se oyó una voz que decía: “Martirio es mi nombre”, y allí estaba la imagen, a la que desde entonces se venera con este nombre. La Virgen del Martirio es la patrona de la Alpujarra. Después de alabar e invocar a Dios debemos acudir a la Virgen Santísima, nuestra Madre.

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, libranos siempre de todo peligro, ¡oh, Virgen gloriosa y bendita!

Capítulo 2

El martirio como tipo fundamental del amor

Dicen que la vida es sólo la preparación para la muerte. No pensamos que este tiempo parece una época de experiencias, con las que hemos intentado cambiar el mundo, las leyes... Hemos entronizado a los dioses falsos del dinero, la fama y la inteligencia; pero por mucho que nos esforcemos, el resultado es siempre el mismo según leemos en Hebreos 9,27-28: “Y del mismo modo que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y que después hay un juicio, así también Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez —para quitar los pecados del mundo— aparecerá una segunda vez, sin pecado, para dar la salud a los que la esperan”.

En medio de nuestra vida, la muerte se asoma por todas partes. Cuando la vemos de cerca, queremos cambiarlo todo y ser muy buenos. Pero si no tenemos amor, nada nos va a cambiar ante Dios. Recordemos con San Pablo que el amor es la suma de todas las virtudes, leyendo 1Cor, 13, 1-3: *“Aunque yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviera caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tuviese tanta fe que trasladase las montañas, si no tuviera caridad, nada soy. Y aunque distribuyese todos mis bienes entre los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, si no tuviera caridad, de nada me sirve”*.

Jesús nos ama y nos da su corazón, símbolo del amor. Sobre este corazón se enciende una llama que quiere extenderse e inflamar todos los corazones. ¡Jesús nos ama! He venido —dice Él— a traer el fuego del amor sobre la tierra y ¿qué puedo desear sino que ese fuego encienda? Mírate a ti mismo. ¿Cómo correspondes al amor de Jesús? ¿Lo amas con todo el corazón, con todas las fuerzas? Cuando despiertas, al salir de casa, ¿tienes un pensamiento para Él? ¿Le rezas durante el día? Jesús nos habló muy claramente: *“Si me amas, guarda mis mandamientos”*.

La historia del hombre es la historia del amor de Dios. Dios es amor. Dios existe. El amor de Dios, es el objeto supremo de la vida, consume el corazón de aquellos que dan su vida, muriendo mártires, sólo por Él, ya

que dolor, amor, gozo y morir son una misma cosa, una sola palabra que los expresa sobre la tierra: el Crucificado. El cristianismo solamente ha aprovechado la esencia del dolor porque es Jesús quien ha traído al mundo el amor; por Él, el Espíritu Santo llena el corazón de los fieles.

El Catecismo nos dice que caridad es una virtud sobrenatural por la que amamos a Dios sobre todas las cosas, por ser quien es, y a nosotros y al prójimo por amor de Dios. Dice S.S. el Papa Benedicto XVI en su Carta encíclica sobre el amor cristiano: *“Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta —por citar sólo algunos nombres— siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor. Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad.”*

La persona que se ve agobiada con varios problemas, tiene la visión de una cruz. Cruz que quiere decir sufrimiento, esperanza, oración, triunfo. Nuestra meditación sobre la cruz podría ser vista como la historia del hombre. El dolor camina con el hombre, la Cruz camina con Jesús. El Rey de Reyes dijo con la majestad de su grandeza: *“Tú dices que lo soy y he venido al mundo para reinar”*. El mundo le entregará rápidamente burlón su reino: el dolor. Esto quería Jesús. Es condenado. Cada persona sobre la tierra tiene una condena. El hecho más cierto de su vida: su muerte.

Inmediatamente pensamos: la vida es considerada en aquel supremo anhelo de amor que queda en el encanto de la siempre enriquecedora frase: *“Iremos a la casa del Padre...”* Para estar en su reino, Jesús se hizo condenar a muerte y abrió al mundo el camino de la vida. Pero antes de la muerte está el encuentro con su esposa: la Cruz. Así que la vida de toda persona y el camino de la sociedad tienen este encuentro; en el fondo de cada cual está siempre, más o menos profundo, el dolor. Es una victoria, que aunque raye en la amargura, es real y eterna, para vivir feliz. **Dios consuela, ama... con sus besos:**

Si lloras, estoy deseando consolarte.

Si nadie te ama, mi alegría es amarte.

Si eres débil, te daré mi fuerza y mi energía.

Si eres inútil, yo no puedo prescindir de ti.

*Si estás vacío, mi llenura te colmará.
Si tienes miedo, te llevo sobre mis espaldas.
Si me llamas, vengo siempre.
Si quieres caminar, iré contigo.
Si te pierdes, no duermo hasta encontrarte.
Si estás cansado, soy tu descanso.
Si me pides, soy don para ti.
Si me necesitas, te digo: "Estoy dentro de ti".
Si te resistes, no quiero que hagas nada a la fuerza.
Si eres infiel, yo soy fiel.
Si me miras, verás la verdad de tu corazón.
Si estás en prisión, te voy a liberar.
Si estás a oscuras, soy lámpara para tus ojos.
Si te manchas, no quiero que salves las apariencias.
Si quieres ver mi rostro, mira una flor, una fuente, un niño.
Si estás excluido, yo soy tu aliado.
Si no tienes a nadie, me tienes a mí.
Si eres silencio, mi Palabra habitará en tu corazón.
Si nadie te necesita, yo te busco.
Si tienes hambre, soy pan de vida para ti.
Si me ofendes, soy tu perdón.
Si me hablas, trátame de tú.
Si quieres conversar, yo te escucho siempre.
Si todos te olvidan, mis entrañas se estremecen recordándote.*

Cuando hablamos del martirio, recordamos esta palabra como procedente del griego *martys*, testigo, frecuente en el Apocalipsis de San Juan, habiendo llegado a designar por excelencia el testimonio tributado a Cristo por los cristianos que aceptan la muerte por fidelidad a su Salvador. Ya desde el judaísmo, como en los libros de los Macabeos, había puesto de relieve el valor del testimonio rendido a la fe por una fidelidad que resiste los suplicios y la muerte. Pero la idea desarrollada por San Pablo de que el Bautismo nos hace participar de la muerte de Cristo, y el sentido de la Eucaristía, como participación de su vida resucitada en la comunión de su cuerpo herido y de su sangre derramada en la Cruz, van a ensalzar incomparablemente la significación del martirio cristiano. Aparecerá como la perfecta asociación del cristiano a la Cruz del Salvador, en el acto supremo de una caridad alimentada en nosotros por la participación

sacramental en el gran misterio de la fe. Las epístolas del mártir San Ignacio de Antioquia desarrollarán esta idea de que el martirio demuestra en alguna manera la realidad de la presencia eucarística de la que se alimenta la fe del cristiano. El Martirio de San Policarpo nos describirá la de una suprema Eucaristía. De ahí la creencia, constantemente atestiguada en la antigüedad cristiana, de que, a los que mueren para permanecerle fieles, se hace manifiesta la presencia de Cristo. Se ha podido decir que aquello era el primer ejemplo de lo que se llamará experiencia mística. Esto explica también que el martirio sufrido por un catecúmeno haya sido considerado como el equivalente del Bautismo: ¿No obtiene en él su fe inmediatamente la realidad de este “injerto” en Cristo en su muerte que, según San Pablo, es la sustancia del Bautismo? La preparación del martirio, por la renuncia libre a los bienes de la tierra, será una de las primeras formas de la ascesis cristiana de la utilidad de estos renunciamientos para aquellos que, de hecho, no serían llamados al martirio, se subrayaba que llegaba a ser como un martirio voluntario, capaz de alcanzar el mismo valor de consagración, aunque no cruento, que el martirio cruento. Es como la vida monástica, donde se corría el riesgo de secularizarse con la implantación de la paz de Constantino. Por todas las razones dichas se comprenderá sin esfuerzo que el martirio haya sido la primera vía de santidad heroica canonizada por la Iglesia, y que haya proporcionado como el tipo fundamental de la santidad cristiana. El martirio es un don eximio y una prueba suprema de amor.

Siguiendo con el texto de San Pablo en la primera carta a los Corintios 13, 1-13, el amor cristiano tiene su más profunda teología y su más completa descripción de profundidad conceptual, de la que tanto se habla y que tan poco se practica. El gran Apóstol expone las excelencias del amor cristiano: su primacía entre todas las restantes virtudes; su condición eterna; su inconfundible estructura espiritual. El amor tiene la total primacía ética, porque es el fin último de la vida cristiana; todas las demás virtudes, incluida la fe, son disposiciones para realizar y desarrollar el amor a Dios y al prójimo, fin último de todos los fines de la Ley, ya que todos sus preceptos se contienen en este único precepto. Así se lee en Gálatas 5,14: Porque toda la Ley se resume en un solo precepto, en aquél: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.”* Y el amor es la única virtud imperecedera, más allá del tiempo y de la muerte; cuando estemos en presencia del Amor, llevaremos con nosotros únicamente las obras de amor, seremos examinados en el amor, y pasaremos a gozar del amor eterno. Los

cristianos podemos proclamar ante las personas la hermosa verdad de que el cristianismo es la gran ética del amor; pero lo realmente importante es testimoniar esta verdad con nuestra vida.

El amor sobre todas las cosas es el amor de preferencia, o aprecio, aunque no sea sensible. En él se dan tres grados: El primero, necesario para salvarse, es el de los que están dispuestos a perderlo todo antes que cometer un pecado mortal. El segundo grado consiste en evitar también los pecados veniales. El tercero en cumplir con perfección los preceptos.

A diferencia de otros amores, el amor cristiano no obedece a una necesidad natural del corazón, ni busca llenar un vacío afectivo, ni exige ninguna condición previa; es una entrega total que se hace de la propia vida a los demás, y que tiene a Jesucristo, el Amor incondicionado, su gran ejemplo y referencia. El amor cristiano tiene su propio rostro, cuyos rasgos describe San Pablo con precisión y minuciosidad para diferenciarlo de otros amores y hacemos ver su sublime belleza. Y en la belleza de este rostro resplandecen todas las virtudes. Como la flor que surge de las raíces en la oscura tierra, ese amor se nutre de profundas sabidurías, de muchas renunciaciones, de elevadísimos ideales; su realidad tiene poco que ver con cierta literatura teológica que habla mucho de sentimientos, pero muy poco de santidad. El amor cristiano es la suprema manifestación del Espíritu Santo en nuestra alma: surge de una transformación interior en santidad, resplandece en sentimientos de santidad y realiza obras de santidad entre las personas. Amar a los demás como Cristo nos ha amado es un ideal que muy pocos realizan. Los cristianos deberíamos intentar conformar nuestra alma sobre el rostro del amor del que hablamos: un amor comprensivo, servicial, sin envidia, sin presumir, sin ser egoísta, sin irritarse, sin límites... Todos estamos hermanados en la misma miseria y sería imperdonable contradicción no ser comprensivos con los pecados ajenos. Lo importante es hacer el bien, sabiendo perdonar a los demás cuando nos injurian... Este es el amor que tenían nuestros mártires.

En San Juan 19,28 leemos: sabiendo Jesús que todo se había acabado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: *“Tengo sed”. ¡Tengo sed de tu amor! Ámame tal como eres, a pesar de todas tus miserias... Ámame en cada instante y en cualquier situación que estés, en el fervor o en la aridez, en la fidelidad o en la infidelidad, ámame... tal como eres... Quiero el amor de tu pobre corazón; porque si esperas a ser perfecto, nunca me amarás.*

Jesús murió crucificado, ofreciéndose por todos nosotros, para resucitar al tercer día. Este misterio de la Resurrección penetra en el interior de la vida de los creyentes. Sólo su amor es la fuerza que fundamenta y posibilita la energía que brota de la Resurrección, la cual quiere decir: “El amor es más fuerte que la muerte, a condición de que primero haya sido más fuerte que la propia vida”. Y esa fue la experiencia histórica de Jesús como hombre. Hizo de su vida un proyecto de anuncio y realización del Reino de Dios como amor incondicional y universal. La resurrección del crucificado significa el triunfo del amor sobre la muerte, el triunfo de la justicia de Dios sobre la justicia del hombre.

Dios nos invita dirigir nuestra mirada hacia el interior de nosotros mismos y de nuestra comunidad cristiana para preguntarnos por nuestra identidad cristiana y por las exigencias que comporta en nuestra vida el nuevo mandamiento de Jesús: *“Amaos los unos a los otros como yo os amo. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: en que os tenéis amor unos a otros”*. ¿En qué radica la originalidad del cristiano y qué le confiere una identidad originaria dentro del concierto de tantas religiones, culturas o ideologías?

Con la muerte y la resurrección de Jesús se ha inaugurado una nueva etapa de la humanidad: El reencuentro de todas las personas en el amor de Cristo. Nace la Religión del Amor y los cristianos, si quieren ser fieles a Jesús, son quienes ponen este amor en su corazón. La nueva ley es el mismo Jesús, como signo que expresa y realiza el amor de Dios en medio del mundo.

Muchas personas a lo largo de la historia han sido testigos dando su vida por la verdad del Amor, haciendo presente la gloria del mismísimo Dios. El quinto sello del Apocalipsis presenta la **“gran tribulación”** como **“tiempo de martirio de santos”**, de personas engendradas de Dios, verdaderamente convertidas.

Quienes fueron muertos en una anterior tribulación, pues efectivamente lo fueron millones de seres hace siglos, están clamando: *“¿Hasta cuándo, Señor, santo, justo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en la tierra?”* Porque sabían que Dios había dicho: *“Mía es la venganza”*. Porque sabían que en el terrible día del Señor, Dios tomaría venganza al enviar sus plagas sobre los poderes que ordenaron la persecución. Esas plagas, las del día del Señor —el día de la venganza de

Dios sobre el poder que perpetró la persecución— tendrían lugar en el tiempo y momento de la segunda venida de Cristo.

Esto no se nos puede olvidar: los mártires que fueron sacrificados hace siglos, preguntan alegóricamente: ¿Hasta cuándo será la segunda venida de Cristo y el fin de esta era? No tendrá lugar hasta que llegue otra gran tribulación, otro martirio de santos. En verdad siempre ha habido mártires, pues desde que Jesucristo empezó a ser perseguido, hasta sufrir el gran martirio del Calvario, entregando su vida por todos nosotros, también los cristianos son perseguidos y martirizados, cual es el caso de los “mártires de la Alpujarra” a través de toda la Historia; pero muy especialmente la rebelión morisca, que se levantó en armas en 1568, y los republicanos en 1936.

Actualmente vivimos una época de muchas guerras en el mundo, pero la gran tribulación, el MARTIRIO DE SANTOS aún no ha llegado. Será cuando Dios derrame las copas de su ira, sus PLAGAS, en la 2ª venida de Cristo.

Las comunidades cristianas llevan el sello de los apóstoles y de todos los mártires y perseguidos, reconociendo su testimonio del Evangelio, en especial sus semillas por nuestro mundo, viviendo valientemente su fe, derramando su sangre, siendo maltratados, criticados... Su ejemplo de vida y santidad constituye un regalo precioso para el camino creyente de las personas y, también, un estímulo para imitar sus virtudes. Los rasgos que definen los grupos de cristianos están descritos en las Bienaventuranzas, ya que sufren y lloran porque son perseguidos y esta es una buena señal para ellos: son fieles a la fe. Los mártires cristianos son perseguidos —es natural— por promover la justicia y por su fe en Jesucristo.

Con la pasión de su amor a Jesucristo, con su valentía para sufrir el martirio, con su perseverancia en la fe, son el mejor ejemplo para los cristianos, los cuales pueden recoger su herencia y sentirse llamados a continuar con ardor apostólico y misionero las sendas del REINO DE DIOS.

Capítulo 3

La vida de los moriscos y la religión

Sabemos que el calendario islámico se centra en el Ramadán, noveno mes lunar, en el que se dedican oficialmente a la plegaria y al ayuno. Los moriscos se abstendían de comer como en el resto del año, limitándose a una o dos comidas al día, entre la salida y puesta del sol; eran unas comidas de tortas, esencialmente, hechas con aceite y con queso. Al final del Ramadán se celebraba la primera de las cuatro fiestas más importantes, para terminar el ayuno y hacer la vida común; lo importante era ejercer la caridad mediante la limosna a los pobres. La segunda fiesta era celebrada a lo grande durante cuatro días, que los cristianos llamaban Pascua del Carnero, ya que en ella inmolaban carneros para recordar el sacrificio de Abraham. Pasados cuarenta días, se celebraba el día de los profetas, con ayuno incluido. A los tres meses hacían la cuarta fiesta, de menor importancia, para cerrar la conmemoración. Además, los moriscos consagraban el viernes al servicio divino mediante el ayuno, la limosna y la plegaria; esto, la mayor de las veces, lo hacían por pura convicción religiosa. Después del mediodía la población morisca se dirigía a la mezquita para rezar, con la guía del alfaquí, su jefe espiritual. También acostumbraban en esta ocasión de cambiar de ropa interior y de reunirse para cantar, comer y danzar.

Los moriscos actuaban fervientemente en el culto mahometano, aunque en apariencia y ante los cristianos lo disimulaban con la misma fuerza de cautela. Los nacidos recibían el bautismo, pero a renglón seguido y sin la presencia de cristianos hacían un rito moruno que, según ellos, servía para descristianizar el acto bautismal, incluso les cambiaban los nombres por otros árabes. Cosa idéntica ocurría con el sacramento del matrimonio. Sabían fingir muy bien ante los cristianos, si bien algunas personalidades destacadas no transigieron con estas situaciones y se marcharon. Igualmente hubo personas que se rebelaron, sabiendo conservar sus linajes y tener respetos patriarcales. Los ancianos eran importantes cuando aconsejaban, lo que tuvo gran influencia en el momento de la sublevación. En la vida pública las mujeres apenas si

representaban algo, lo que las rebajaba en dignidad, ocupando siempre el último lugar.

Pensándolo bien, esta forma de doble vida suponía una situación bastante complicada, como ocurrió con el Habaquí que lo mismo lo veían amigo y/o enemigo, según las circunstancias... Verdaderamente era una situación muy parecida a la que ocurrió siglos antes con los mozárabes en la dominación musulmana, o con los mudéjares en la conquista de Granada.

Sobre la alimentación también influía el pensar religioso, de tal manera que no podían comer carne de cerdo, ni beber vino, ni comer carne de animales no desangrados. Hay una aseveración sobre el cerdo: Mahoma le maldijo porque había tocado y manchado el vestido nuevo que llevaba puesto. Este parece ser el motivo por el que los moriscos y, naturalmente, los mahometanos no comían su carne, al igual que odiaban los rábanos, los nabos y zanahorias porque con ellos alimentaban a los puercos. Los moriscos observaban todas las obligaciones religiosas de los musulmanes. Su primer deber al amanecer del día, incluso antes de la primera plegaria, era lavarse. El agua tenía tanta importancia para ellos en el sentido espiritual que, igualmente, al terminar cada comida se lavaban la boca; en las abluciones rituales debían usar el agua limpia, sin olor, sabor ni color, ni debía ser hervida ni calentada al sol. La plegaria llamada zalá, que incluía pregón, inclinación y prosternación, era la que más practicaban, porque ellos al rezar no eran vistos por los cristianos. Clandestinamente usaban formularios coránicos y frecuentemente recitaban la Fatiha, primer versículo del Corán. Esto quiere decir que los moriscos no se distinguían en nada del conjunto del Islam.

Se pensó que con la conversión de los moriscos iban a desaparecer las prácticas islámicas, pero no fue así; porque había sido una conversión forzada y porque las capitulaciones firmadas por los cristianos con los musulmanes del reino de Granada en 1486 y 1492 tampoco fueron respetadas. La Corona no parecía estar muy segura en estos menesteres, pues sus vacilaciones no daban seguridad ni a unos ni a otros. En septiembre de 1525 se decretó la conversión general, a la vez que las mezquitas se transformaron de forma definitiva en iglesias.

Estas medidas no eran posibles de remedio, ya que el pueblo cristiano español seguía inmerso en el peor laberinto para ver solucionado un problema de ley general. Los musulmanes tuvieron la posibilidad de

emigrar y seguir siendo musulmanes; pero la mayoría prefirió quedarse y convertirse en cristianos. No se actuó conforme a una seguridad de dar tranquilidad; todos eran conscientes de que un sacramento recibido sin preparación por los moriscos daría quebraderos de cabeza, por lo que la situación se veía más que dudosa, tanto en lo popular como en lo científico. Con esto surge la disyuntiva entre cristianos y musulmanes, queriendo demostrar la superioridad del Evangelio sobre el Corán y la del bautismo sobre la circuncisión. Hay escritores que insisten en la indignidad de Mahoma, que impone el Corán por la fuerza y busca adeptos con reclamos de moral acomodada. No olvidemos que los pasajes complicados del Corán que se consideran válidos están tomados de textos cristianos o judíos. Otros escritores bajo la égida de la Inquisición, como Lope Obregón y Juan Andrés, hablan de los placeres sensuales del paraíso coránico y la lujuria de Mahoma. Juan Andrés era hijo de un alfaquí, y él mismo también fue alfaquí; después se convirtió al cristianismo y se ordenó sacerdote. Los Reyes Católicos lo nombraron canónigo y le confiaron la misión de llevar la Buena Nueva a sus antiguos correligionarios del reino de Granada. A él se debe la traducción del Corán y de los siete libros de la Sunna. Los reyes de España se esforzaron en dotar de sacerdotes todas las poblaciones del reino granadino, apoyando los procesos realizados por el arzobispo Talavera, que intentaba atraer para su diócesis eclesiásticos conocedores del árabe. El arzobispo granadino patrocinó la publicación de una gramática y un vocabulario árabes para proporcionar a los sacerdotes suficientes conocimientos en lengua árabe, siendo él mismo ejemplo ya que aprendió algo de la lengua árabe.

El problema más grave que se dio fue el financiero, pues las parroquias no poseían nada; tuvieron que dotarlas con una pequeña parte de los diezmos, o con propiedades que habían pertenecido a las mezquitas, como tierras, molinos o casas arrendadas. Algunas veces fue necesario acudir a otras fuentes de ingresos. De esta forma pudo haber sacerdotes en todos los pueblos, aunque algunos tuvieron problemas por distintas causas, incluso con la Inquisición. Son muchas las quejas presentadas por los moriscos contra sus pastores, de lo que Carlos V quedó impresionado según la encuesta realizada en el reino granadino. Muchos curas fueron sancionados, prohibiéndoles ausentarse y dedicarse a la elaboración de la seda u otros menesteres que nada tenían que ver con los asuntos religiosos. El cura debía enseñar a los moriscos las cuatro oraciones fundamentales: el

padrenuestro, el avemaría, el credo y la salve; los diez mandamientos y los artículos de la fe; deberían saber signarse y santiguarse. El cura hacía controles de la asistencia a misa en los días de precepto y en la práctica del cumplimiento pascual. Los domingos comentaba el Evangelio, los demás días de la semana adoctrinaba a los niños diariamente y catequizaba a las mujeres los miércoles y viernes. También hacía un examen de catecismo tres veces al año a todos los feligreses. La Corona llegó a ocuparse por este cumplimiento y el alto clero frecuentaba visitas pastorales donde era necesario, o bien encargaban a los sacerdotes más preparados visitar a los otros sacerdotes más cercanos a él para que no descuidaran su ministerio. Alguna vez fue necesario organizar misiones y crear colegios exclusivamente para los hijos de los moriscos. Todo esto se hacía para que el conjunto de la población musulmana se bautizara y aprendiera los mínimos principios cristianos. Fue tal el interés que el franciscano Juan de Oliva recibió 15.000 maravedíes de salario anual en 1513, para llevar la Buena Nueva por el Albaicín. Por lo visto, su actuación fue muy discutida y el alcalde mayor de Granada escribió al rey que sus sermones provocaban alteraciones entre los cristianos nuevos. Otro franciscano, fray Jorge de Benavides, recorrió la Alpujarra durante largo tiempo con la misma misión que el anterior; fue ayudado por otro religioso, que recibieron idéntica cantidad en 1553, es decir, 15.000 maravedíes. Parece que hubo intentos de crear monasterios para religiosos franciscanos y dominicos. También se solicitó ayuda a los jesuitas para que contribuyeran a la formación de los niños moriscos, así como la conversión de los notables para que con su ejemplo arrastraran de toda la población morisca a la verdadera conversión.

La Junta de Granada de 1526 decidió la fundación de colegios destinados a los niños moriscos, abriéndose el primero en la ciudad en el año 1530 para cien alumnos; la bula de confirmación se obtuvo en 1531, y el colegio de San Miguel recibió una dote de 550.000 maravedíes, que por esa fecha serían unos tres millones de pesetas. Su primer rector fue Francisco de Utiel, canónigo de la catedral de Granada. A pesar de todo, la institución más renombrada fue la “Casa de la doctrina” que sustituyó al colegio de San Miguel; esta se ubicó en el Albaicín ya que aquí residía la mayor población morisca. Su principal alentador fue el arzobispo don Pedro Guerrero, quien confió en 1559 el colegio a nueve jesuitas bajo la dirección del padre Ambrosio. Pero se da un caso curioso, porque muy pronto en el centro surge la gran figura del padre Francisco Albotodo, morisco, hijo de

un herrero y antiguo alumno del colegio San Miguel. Este enseñaba a sus antiguos correligionarios en algarabía y obtuvo buenos éxitos.

Los moriscos trataron siempre de que se derogara la ley represiva que pesaba sobre ellos, que se modificara o se aplazara. Las autoridades actuaron contra ellos en varias jurisdicciones, como las de la Audiencia y la Capitanía General de Granada; pero la represión más dura la recibieron por parte de la Inquisición. Desde 1500 quedaría definida la forma política que habría de seguirse y aplicarse, lo que quedaría reflejado mediante escrito, que procedía del arzobispo fray Hernando de Talavera para recordar a los evangelizadores: “lo primero, que olvidéis toda ceremonia y toda cosa morisca en oraciones, en ayunos, en pascuas y en fiestas y en nacimientos de criaturas y en bodas y en baños, en mortuorios y en todas las otras cosas”. Con estos principios, nunca hubo apertura a la tolerancia de ningún rito musulmán; se tenía muy claro que querían nuevos y auténticos cristianos, así como la total eliminación del Islam.

Las cédulas reales hacían referencia a la prohibición de libros, que pretendían destruirlos por el fuego, especialmente los referentes a la religión morisco-mahometana. Dieron orden para que en un plazo de treinta días entregaran todas las obras del Corán, que se quemarían públicamente; de esta forma la vida religiosa musulmana quedó dañada en todos sus aspectos. La prohibición de los libros obligó a todos los moriscos que poseyeran algunos, entregarlos en un plazo de cincuenta días a las autoridades. Solamente quedaban exentos los referidos a Medicina, Filosofía y Crónicas, aunque debían ser examinados porque dentro de ellos solían esconder escritos no autorizados.

Como ya he dicho antes, los animales sacrificados tenían sus ritos religiosos, como ponerlos en dirección hacia el Este —mirando a la Meca— y sangrarlos. Para que esto no ocurriera la autoridad ordenó que llamasen a un carnicero cristiano, el cual tenía la misión de observar que no se cumplieran estos ritos. Carlos V autorizó a un morisco por cada lugar para matar los animales en las localidades en las que no vivía ningún cristiano, pero se requería que el beneficiario fuera autorizado por el párroco. También era motivo de observación el acceso de moriscos a los baños públicos, por lo que había una legislación complicada, ya que se temía que en ellos se practicasen abortos o ceremonias musulmanas. Hay un texto legislado el 12 de noviembre de 1532 que prohibía a los moriscos ejercer el

oficio de explorador de baños, y frecuentarlos los domingos y días de fiesta antes de la misa.

Otro punto de las cédulas es el que se refiere a los ritos del nacimiento, que prohibía a las moriscas ejercer la profesión de parteras principalmente para limitar la práctica de la circuncisión; una real cédula del 20 de junio de 1511 exigía que el padrino y la madrina de los recién nacidos debían ser cristianos viejos, los cuales se aprovecharían de ello para que les pagaran por su intervención, lo que obligó a los moriscos elevar quejas al rey. Los abusos de los cristianos viejos fueron condenados en un texto de 29 de julio de 1513 y una real cédula de 10 de mayo de 1520 concede que, junto a los cristianos viejos, podría haber moriscos entre los padrinos y madrinas... Con todo pesar siguieron los abusos por ambas partes. Se ordenó que los nombres musulmanes no se emplearan en los conversos, pues se dio el caso de que los moriscos tenían dos nombres, uno musulmán, secreto, y otro cristiano, público. A partir del 1510 se consiguió que sólo figurara el nombre cristiano.

No menos dificultades se dieron con los moriscos para que dejaran de enterrar sus difuntos en la tierra virgen del cementerio, que siempre estaba situado fuera del casco urbano. Se procuraba, entre ellos, generalizar la costumbre cristiana del enterramiento en la parroquia o convento, pero tardaron mucho tiempo para conseguirlo. Debemos mencionar también las fechas claves de fiesta de los moriscos en que hacían zambras y danzas, que les toleraron largo tiempo. Este rito tuvo una salida de consideración, a partir de 1526, limitando el uso de lo que se consideraba como una lanza licenciosa; se legisló sobre ello en 1529-30, aunque la actitud ambigua de las autoridades a propósito de la zambra contrastaba con la represión cultural.

Las cédulas reales son una prueba del poco éxito de las autoridades. El papel reservado a la Inquisición es considerable, porque se trataba de eliminar todas las prácticas musulmanas y que los moriscos abrazaran la religión cristiana totalmente. Así, la Inquisición podía entrar en todos los asuntos de la vida común, y tratar los casos presentados por cualquier cristiano que denunciara de herejía a los moriscos, los cuales no veían con buenos ojos la Inquisición ya que para ellos era la misma represión. La persecución del tribunal inquisidor hacía que todo morisco estuviera a la defensiva y desconfiara de cuantos le rodeaban. Los escritores moriscos decían de la Inquisición que era el tribunal del diablo, “donde preside el

demonio y tiene por consejeros el engaño y ceguedad”, que supone el secretismo inquisitorial. La política empleada recababa ciertas actuaciones, como la del cardenal Manrique, Inquisidor General, que concedió a los granadinos en 1526 un plazo de tres años; pero sólo aparecieron tres moriscos en el auto de fe de 1529. Los moriscos nunca dejaron de ingresar en las cajas de la Inquisición, de tal manera que los granadinos ofrecieron al Tribunal y a la Corona 120.000 ducados en 1543 y 200.000 en 1555; 100.000 ducados a la Corona y 3.000 anuales a la Inquisición en 1558. Después de muchas negociaciones, estas ofertas no fueron aceptadas. La Inquisición presentaba una burocracia fuera de tono y un estado ruinoso. Nada más que en Granada tenía 29 empleados en el decenio 1570-1580. La mayoría de los moriscos expulsados entre 1569 y 1571 eran del reino granadino.

Los inquisidores aplicaron dos tratamientos a los moriscos: el primero, la reconciliación, acompañada de confiscación de bienes, fue el reservado a casi todos los sospechosos de practicar la religión mahometana. El segundo, la muerte en la hoguera, fue aplicado a una minoría pequeña. Toda la política de la Inquisición se ve a través de estas dos penas impuestas a los moriscos. En Granada fueron quemados 14 moriscos en los doce autos de fe que se conocen en relación con los penados. Entre 1530 y 1570 la Inquisición granadina no cesó de reforzar su control sobre la población morisca, ya que salían en un solo auto hasta 80 moriscos; quizá más, como el 24 de octubre de 1563 que salieron 106, o como los 52 del 28 de septiembre de 1552. Los 14 moriscos quemados en la ciudad de Granada entre 1560 y 1569 hizo mucha mella en toda la población granadina. Hay que recordar que en doce autos de fe de Granada entre 1550 y 1580, aparecen 780 moriscos, sin contar los anteriores o posteriores a esta fecha inquisitorial.

A pesar de todo, parece que la represión fue algo moderada; porque necesitaban dinero y porque se obligaba a los moriscos aceptar la religión cristiana. La Capitanía General y la Audiencia de Granada, dicen los críticos, que fueron más severas que la misma Inquisición. La comunidad morisca mantuvo una gran cohesión hasta 1570; los cristianos nuevos representaban la casi totalidad de la población y los pocos cristianos viejos no se atrevían a denunciarlos por temor a las represalias. Por eso, el tribunal de Granada estuvo con frecuencia inclinado a negociar con los representantes de la comunidad morisca la contribución que ésta podría entregarle. Allí donde los moriscos eran mayoría, pudieron conservar su identidad cultural; donde eran minoritarios no estaban tranquilos, porque

podían ser perseguidos. Todos llegaron a aborrecer la Inquisición, porque investigaba en los más recónditos pliegues de la existencia morisca, y porque estaba presente en todas partes. Debido al poder que tenía y por sus métodos, los moriscos estaban en un estado de tensión permanente.

Conviene tener en cuenta que los moriscos vivían en su propio conventículo, ya que unas veces por miedo y otras por puro sentimiento, llevaban una vida secreta para poder seguir su islamización. Nunca perdieron el contacto con sus correligionarios los piratas turcos y berberiscos, ni aceptaban de buen grado las órdenes reales, lo que confirmaron de forma tediosa en la rebelión de 1568. No todos actuaban hipócritamente, pues algunos, digamos que pocos, supieron valorar el trato de los cristianos viejos y los cuidados que recibían en la vida común. Así, cuando llegó el martirio de los cristianos, éstos los acompañaron de forma ejemplar con los sentimientos, ánimos y hasta cierta ayuda de buena amistad. Precisamente los que actuaron con esta piedad fueron los que más sufrieron cuando tuvieron que abandonar la Alpujarra, en su expulsión. Tanto sintieron tener que abandonar sus propiedades y pueblos que sus descendientes aún lamentan tan triste suceso.

Capítulo 4

La ortodoxia católica en tiempo de los moriscos

El Iluminismo, más que una corriente herética, era una interpretación exagerada de la Religión Íntima que predicaban los humanistas, principalmente Erasmo de Róterdam. Esta floración de iluminismo era aislada y sólo adquirió relativa difusión en Valladolid, Sevilla y, en menor grado, Granada. En 1559, nada más regresar Felipe II de Inglaterra, alarmado por la aparición de estos brotes de herejía, dio órdenes severísimas al Santo Oficio para que acabara con ellos. La Inquisición tomó cartas en el asunto y cortó de cuajo estos focos heréticos, imponiendo graves penas a los herejes. Estas medidas repercutieron de forma tensa en las relaciones con los moriscos, sobre todo por parte del Santo Oficio y de los cristianos viejos.

Unos años más tarde, en 1563, se clausuró el Concilio de Trento, dando amplios poderes Felipe II al Santo Oficio para que hiciera observar en todos sus estados el más estricto cumplimiento del Dogma Católico establecido en Trento. La Inquisición redactó un índice de libros prohibidos, mucho más amplio y escrupuloso que el índice romano, incluyendo en él no sólo las obras de Erasmo, sino también las de muchos intelectuales del reinado anterior, como las de los hermanos Alfonso y Juan de Valdés o del Marqués de Villena. En el Concilio de Trento quedó fijada y aclarada la doctrina católica, especialmente la de la justificación y de la presencia real de Cristo en la Eucaristía y otros puntos de importancia... Así se remediaron las muchas calamidades que afligían a la Iglesia en el siglo XVI, con una reacción saludable, que condujo a la verdadera reforma eclesiástica. En esta época se fundaron Seminarios para la formación del clero y el Espíritu Santo suscitó numerosos santos en la Iglesia, fundadores de órdenes religiosas, la extensión del catolicismo en nuevas tierras descubiertas...

El rey Felipe II prohibió la entrada de publicaciones extranjeras, así como la salida de estudiantes al extranjero, excepto a las Universidades de Bolonia y París. Como consecuencia, a la vez que España se cerraba herméticamente a las influencias externas, sus manifestaciones espirituales y la misma vida española, por influencias de esta política, sufrieron una

profunda transformación de castellanización que, en algunos aspectos, se mantendrá invariable hasta nuestros días.

Por estas fechas, en 1565, se celebra un concilio provincial en Granada, con una serie de constituciones relativas a los moriscos, que casi en su totalidad se refieren a los cristianos nuevos o recién convertidos de la secta mahometana. Son unos mandatos dirigidos a todos los curas y beneficiados, para que se encarguen de velar el cumplimiento de las normas cristianas en los sacramentos y actos religiosos, bajo la pena de castigos o excomunión, según los casos, sobre aquellos cristianos nuevos que las incumplieran.

A los moriscos les costó la misma vida cambiar de religión. Ellos creían que sus creencias eran las verdaderas, por lo que se preguntaban el por qué de la nueva religión, sin saber que los cristianos podemos considerar la religión en cuanto al objeto o contenido de la misma y en cuanto al sujeto que la practica, y así podemos encontrar estas dos definiciones:

1) La religión es el conjunto de verdades y deberes que relacionan al hombre con Dios, nuestro Ser Supremo, Creador y Bienhechor. (Esta relación es como el lazo que une al hombre con Dios).

2) La religión (en cuanto al hombre que la practica) es una virtud moral que le inclina a dar a Dios el verdadero culto.

Contamos con las verdades y deberes que tenemos para con Dios, o sea, los tres elementos de la religión:

Cuando conocemos las verdades y deberes que tenemos para con Dios con solas las luces de la razón humana, decimos que se da la religión natural. Cuando las conocemos con las luces de nuestra razón, ayudada con la luz de la revelación divina, decimos que la religión es sobrenatural; por esto recibe también el nombre de religión revelada.

Los reyes de España estaban totalmente convencidos de la necesidad de la religión, sabiendo que la existencia de la misma es un hecho cierto ya que existe Dios Creador y existe el hombre hechura suya, quien por depender de Dios, a Él debe servirle y amarle, y además porque en todos los pueblos de la tierra se le da a Dios culto de alguna manera. Igualmente pensaban que la verdadera religión es la que nos viene de Dios, o sea, la que Él nos ha revelado y que podemos conocer por señales ciertas e